

PORQUE NO HA DE SER...

El Debate,

domingo 1 de enero de 1922, año III, núm. 1016, pág.1⁸.

Las vibraciones del repique de campanas penetraban, rodando como estremecimientos, entre el frío y las tinieblas. Por única vez durante todo el año, el pueblo viejo y tranquilo despertaba a media noche. Algunas luces cribaban los negros senderos, como estrellas errantes...

Por curiosidad, por huir de aquel lento desfile de las horas en desvelo, Sergio se había vestido. Y ahora, ante una humeante taza de café, sentíase un poco optimista, hasta algo sorprendido de que bajo su costra de despreocupación y buen humor hubiese podido penetrar, a modo de ráfaga helante, una vaga tristeza por no comprendía qué cosas muertas. ¿Había sido el frío de la noche negra, desde fuera, que pasaba ululando por las calles, sobre los tejados, entre las copas de los árboles, u otro frío, más intenso todavía, alma adentro, de grandes inviernos sentimientos que en esta noche de recuerdos se cuajaban en una inmensísima tragedia? Escuchó atento. Las campanas seguían repicando y las adivinaba en volteo saltarín en lo alto de la torre. A buen seguro que los murciélagos que anidaban en aquellas alturas, estarían locos de tanta loca algarabía en esta hora que era suya. Y ¡quién sabe! Acaso dentro de sí, llevaba también otros murciélagos –se sonrió un poco a lo chusco de la comparación– que se asustaban a destiempo, por aquel repique que evocaba otros repiques tan lejanos ya en sus recuerdos...⁹

⁸ Transcrito del original del semanario que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila.

⁹ Debido a la posición geográfica de Filipinas el número de horas de día y de noche es semejante a lo largo de todo el año. A finales de diciembre anochece entre las cinco y media y las seis de la tarde; suele haber terminado la época de lluvias y el clima es menos caluroso y más fresco, por lo que la temperatura durante la noche puede bajar a diez centígrados dependiendo de la región.



Andaba de prisa, pero se fijaba en todo; los faroles parpadeantes, el viejo pretil del puente que tuvo que atravesar, las ruinas de un edificio que en su infancia había creído morada de fantasmas. Hasta se sonreía un poco a las observaciones que su buen humor se hacía, como la de que los cuadriláteros de luz que proyectaban en las sombras algunas ventanas, eran las bocas enormes del pueblo soñoliento, abiertas en un gran bostezo...

Y he aquí que de pronto sintió una gran conmoción, como si de pronto se hubiesen cuajado juntos en su alma el frío que pasaba ululando por la noche negra y el frío más intenso todavía de ciertos inviernos sentimentales. Bajo la claridad de un farol, en forma tal que no era posible una correcta fuga, se encontraban cara a cara, él, con todo el azoramiento de un encuentro inesperado, y ella, con toda la vivísima impresión de una sorpresa...

—¿Tú?

—¿Tú?

Brevísimo instante de espontaneidad en ambos, que cortó de golpe la necesidad de parapetarse detrás de una correcta frialdad en quienes, como él sentíase agraviado, y como ella, considerábase más agraviada todavía en cierta vieja historia de amores. Hablaron después, cada cual tratando de parecer lo más indiferente posible.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace cuatro horas, por el último tren. No esperaba oír la misa de gallo, porque este frío me hace daño...

Y como si realmente el frío le hiciese daño, Sergio se hundió el sombrero de fieltro, hasta la nuca.

Temblaba en los labios de ella una pregunta, una sola, ahora que estaban cerca de la iglesia. Y después sería imposible, porque para ello ni tendría valor, ni tendría ocasión. “¿Te acuerdas?”. La pregunta eterna de las reconciliaciones, evocadora de pasados que así reviven y sirven de puente para el abrazo mutuo de las almas que se

han separado y vuelven a encontrarse. Sólo que ella no tuvo valor, porque hubo una verdadera indiferencia, una frialdad que no podía ser sino desamor, olvido completo en la forma como Sergio le contó sus impresiones de viaje.

—¡Qué mal está el servicio de trenes! Coches sucios, los pasajeros apiñados, como sardinas en banasta, atraso de dos horas en un viaje de tres, mala luz, arranques que te arrancan el alma, por la violencia...

“¿Te acuerdas?”. ¿Para qué? Estaban en el atrio de la iglesia y dentro de dos minutos se separarían. Una pregunta sencilla, banal, hubiese acaso podido cambiar el rumbo de su vida, de sus vidas, pero no fue así, no podía ser así, porque ahora mismo se despedía Sergio, muy correcto, muy cortés, pero también muy frío, indiferente...

—Bueno, adiós, ¡eh! Hasta más ver y felices Pascuas...

—Adiós...

Ella no comprendía. Sergio sentía la necesidad de mostrarse firme en su orgullo de hombre que no mendiga amores. Alma adentro, le ahogaba la sed de decirle que mentía indiferencia, que en esta gloriosa noche recordaba como de ayer solamente, otras noches en estas mismas calles del pueblo, perfumadas de inmensos cariños. La pregunta “¿Te acuerdas?” se había también asomado a sus labios y estuvo dispuesto a rubricar la frase de despedida con algo de evocación del pasado, pero no pudo ser tampoco, porque él había hallado mucha indiferencia, mucha frialdad que no podía ser sino desamor y olvido completo en la contestación de ella:

—Adiós...

Y se separaron. Muy pronto, distanciados por la multitud, no pudieron verse siquiera. La voz del sacerdote, desde el altar, cantaba ahora, con gran unción, la gran frase irónica: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz entre los hombres de buena voluntad...